

FLOR DE CITA

Hacía tanto que no tenía una cita, que miles de necesidades urgentes, primarias, únicas, le paralizaban el cuerpo. Pero la cabeza, ese laboratorio constante de pensamientos, no paraba.

Entonces, detenida en el centro mismo de la pieza, con las panty medias encajadas en sus rodillas, intentó llegar al control remoto, andá a saber para mirar qué.

Se cayó sin ruido, casi lentamente, y dio con la cara en el vértice mismo de la cama de algarrobo.

En el ojo se pegó, justo, justo en el ojo. En el derecho.

¡¡¡Putá madre!!! ¡¡¡Pero puta madre!!!

El dolor le descompuso el estómago mientras no dejaba de pensar en cómo se le hincharía el ojo.

¡¡¡Putá madre, pero puta madre!!! gritó entre dolorida y enojada, levantándose del suelo alfombrado.

Le dio un ataque de risa en el momento en que se terminaba de subir las medias mientras sentía, en simultáneo, cómo lentamente se le corría desde el hueco hermoso que hizo su uña sin pintar.

Riendo se dejó caer al suelo, y ya no se levantó por un rato, colgada del noticiero de la televisión pública como del árbol más alto.

Quizás no debería haber fumado esa tuquita pensó; ahora no sabía cómo seguir.

Barajó posibilidades como en un truco mentiroso, donde ella era pie, no mano. Y barajó sabiendo que iba a cantar envidia con sus treinta y tres... ¡pero no era mano!

O sea, conociendo que tenía lo suyo, pero sin saber en qué contexto encajaban esos treinta y tres puntos, o sea, en realidad, esta mujer llamada Romina, de la misma edad que los puntos, soltera y con tanto trabajo como frazadas al dormir en una noche de invierno.

Y la cabeza que no paraba y la cita era en una hora.

¿Qué se hace en una cita donde no conocés al citado nada más que por la foto que te mostró la amiga de tu compañero de trabajo, donde está con su ex mujer en su ex casa con su ex perro festejando el día del padre?... poco. Aunque era una foto actual, estaba sacada de lejos, y su figura se veía a la mitad, porque de la cintura para abajo lo tapaba la mesa llena de botellas y platos, y la cara... casi no se veía porque estaba con un gorro de lana hasta los ojos, con lentes oscuros. La amiga del compañero le explicó que fue sacada justo cuando se estaba despidiendo, por eso tiene a uno de sus hijos encaramado sobre él, lo que le tapa casi la totalidad del cuerpo. Si, se ve poco, apenas para darse cuenta de que es un hombre, quizás, con muchas ex cosas y apurado por partir, además de muerto de frío.

¿¿¿Y ella... qué era ella, además de Romina, emprendedora laborante de una multinacional que le pagaba su abultado sueldo en dólares??? Ella era una mina independiente en busca de un amor... y muchas cosas más, claro.

Era una eterna apurada, que hacía tres cosas a la vez y que siempre terminaba haciendo dos mal. Una tentada de la vida, siempre riendo de sus errores, una flaca eterna con problemas de insomnio, una ex esposa, una propietaria del departamento en que vivía sin lujos pero con comodidad.

Ella era una solitaria que no quería serlo. Llena de amigos que cuando terminaba las fiestas se iban y ella quedaba sola de nuevo.

Ella era una mina en búsqueda de un sponsor, al decir de su secretaria y amiga.

Sí, lo era.

Y se tentó de nuevo. Cuando la risa la hizo llorar, se dio cuenta de que las lágrimas le ardían... ¡una nueva!, se miró al espejo... ¡no! además de hinchado, el ojo estaba apenas lastimado en un extremo. Y se estaba poniendo morado, eso dolía realmente.

Mientras se miraba al espejo pensaba: ¿hay arreglo para esto?

Entonces se lo dijo en voz alta: ¿hay arreglo para esto?

Puso su mejor sonrisa y vio su reflejo lastimado. Aún así, su cara era simpática, divertida, atrayente.

Haciendo un recuento de la ropa que pensaba ponerse se dijo que era imposible, las medias rotas descartaban ponerse la mini, el ojo le impedía pintarse, y el tiempo hacía imposible depilarse.

Bueno, visto y considerando la situación, se dijo, seré una auténtica Romina, con vaqueros, una remera y campera deportiva.

Se habían citado, por texto, en un restó de Belgrano. Iban a cenar y después vería, capaz al cine o a tomar un café... o cada uno a su casa, dependía de la onda. Así habían sido de textuales en sus textos, que para eso estaban.

Llegó temprano, unos diez minutos antes de las veintiuna horas, con a cara lavada, anteojos de sol amarillos patito y un diario para no quedarse mirando a los de las otras mesas mientras esperaba. Porque sabía que debería esperar, él le había escrito que era muy puntual.

Se acercó el mozo mientras ella miraba la carta.

Pidió un vino tinto, uno bueno, malbec como le gustaba, y también pensó que sin nada que comer, se iba a emborrachar muy rápido, así que agregó al pedido, un platito de quesos.

Cuando el mozo ya se retiraba con el pedido lo llamó. Se acordó de aquella vez que había ido pidiendo de a platitos una picada completa y le salió una fortuna porque pedir una picada ó cazuelitas separadas son por otro precio... y si Emilio (tal era el nombre del esperado) no venía, iba a tener que pagar carísimo algo que bien podía ser barato.

Así que con voz firme le dijo al amable mozo; el vino que te pedí pero con una picada para uno... para una... bueno, es lo mismo. Y luego se rectificó... ¡no, para dos!, Y cuando quiso ver, le estaba explicando al mozo que estaba esperando a un chabón que no conocía, que era una cita a ciegas que había visto una foto de él pero que no se distinguía bien y que...

El mozo puso cara de divertido, y ella se dio cuenta que había hablado de más.

En fin, eso, dijo como para cortar por lo sano. Y se quedó sola en la mesita primorosa, ella y sus anteojos. Y su diario.

Cuando lo abrió, sintió una mano en la espalda, y una voz masculina que le preguntaba.

¿Perdón, sos Romina?

Ella se dio vuelta, sobresaltada, y vio todo lo que una mujer quiere ver en la primera, segunda e infinitas citas.

Se paró y le dijo que sí, mientras le daba un abrazo de mujer entusiasmada. E inmediatamente le preguntó ¿cómo supiste que era yo?

Él le respondió con una hermosa sonrisa, mientras le corría la silla y se acercaba a su oído... es que googleé “mujer hermosa en su primera cita”, y me salió tu cara...

Cuando llegó el mozo con la segunda botella de buen malbec, ya pensaban en la cama sin frazadas.